

el lugar donde se halló el esqueleto y las condiciones de éste, el texto dice: «En toda la América no se ha hallado noticia de algún animal de semejante configuración a la de éste ahora descubierto, ni de su corpulencia; pues se observa que siendo el esqueleto de tal grandeza cuanto abultaría si estuviese cubierto de sus carnes y cuero». Esta observación referida a la inexistencia de otros animales semejantes en tamaño en toda América, muestra por parte del comentarista una información actualizada (aunque es lógico que desconociese el hallazgo del mastodonte en las colonias inglesas de América del Norte), pero también un evidente desprecio por los mitos acerca de animales fabulosos tan corrientes en las primeras crónicas de Indias. Se percibe un ánimo científico, acorde con los nuevos aires que el reinado de Carlos III pretendía llevar a España y sus posesiones.

Esta impresión se refuerza aún más con lo que sigue: «Ignórase si acaso será animal anfibio, o acuático, si bien parece ser terrestre, por respecto a sus uñas, que indican hayan sido bastante largas, inferencia que se saca de la circunferencia de sus dedos». Como la hipótesis de que pudiese tratarse de una especie extinta es algo impensable para quienes están rodeando «esta maravilla y providencia del Señor», como lo denominó fray Torres, ¿cuál es la primera idea que se presenta, ya que lo encontraron cerca del agua? Pues que sea anfibio o acuático¹¹.

Pero el observador es muy perspicaz. Las uñas indican hábitos terrestres, dirá (y en esta observación se apunta a una de las cuestiones más interesantes de los debates posteriores sobre la evolución de las especies: la prioridad de la estructura o de la función, donde participaron Cuvier y Etienne Geoffroy de Saint Hilaire, y la cuestión de la adaptación y su herencia, gran problema de la biología evolucionista hasta la actualidad). Pero también hará comparaciones anatómicas, algunos años antes de que Cuvier dé a esta práctica *status* científico: «No se asemeja al elefante (aunque parece que se aproxima a igualarlo en grandeza) porque las patas son muy diferentes, como lo son los huesos de las piernas. También no se le encuentra semejanza con el rinoceronte que ordinariamente tiene 13 pies de largo, y el descubierto llegará a 18 y se juzga de diferente figura; ni tampoco con la gran bestia de América (llamada Anta) que comúnmente no excede 6 a 7 pies».

Sin duda, quien escribió esto conoce bien qué es un elefante o un rinoceronte, ya que es capaz de opinar con tanta seguridad acerca de las diferencias anatómicas entre unos y otros.

Un animal vivo

«Me ha mandado S.M. encargue a V.E. como lo ejecutó procure por cuantos medios sea posible averiguar si en el partido de Luján o en otro de los de ese virreinato, se puede conseguir algún animal vivo, aunque sea pequeño, de la especie de dicho esqueleto, remitiéndolo vivo, si pudiese ser, y en su defecto disecado y relleno de paja,

¹¹ En su Diario de viaje, al referirse al hallazgo de fósiles en los barrancos del río Tercero, Darwin dice: «Los remeros que conducen mi canoa dicen que hace mucho tiempo conocen la existencia de estos esqueletos, preguntándose a menudo cómo habían podido llegar hasta allá», y con humor agrega: «y como en todas partes hace falta una teoría, habían venido a parar a la conclusión de que el mastodonte era un animal minador, como la vizcacha». Op. cit. en nota 14, pág. 84.

organizándolo y reduciéndolo al natural, con todas las demás preocupaciones que sean oportunas, a fin de que llegue bien acondicionado, y tenga S.M. la complacencia de verle en los términos que desea»¹².

Esta carta del secretario Porlier ha merecido burlas por la ignorancia puesta de manifiesto, para los críticos, por el rey de España. Pero, como lo señalaba Palcos¹³ «el error delata la ignorancia de la centuria en la materia, más que la del soberano». En 1823, en sus *Recherches* citadas, Cuvier dirá cautelosamente: «Sería muy difícil hallar en su organización las causas de su destrucción; sin embargo, si existiese todavía, ¿dónde hallarlo? ¿dónde podía haber escapado a todas las búsquedas de cazadores y naturalistas?».

Se aprecia claramente en esta observación del naturalista francés que se trata de algo más que de ignorancia. Para Cuvier, representante máximo del creacionismo —con sus secuelas de explicaciones catastrofistas para la extinción de especies y fijistas en cuanto a la determinación de las relaciones entre las especies—, pensar que las causas de extinción pudiesen estar presentes en la organización anatómica del megaterio era un problema fundamental. De aceptar esa hipótesis, dejaría entreabierta la puerta para las explicaciones de sus contradictores Lamarck y Saint Hilaire.

Darwin, que muchos años después del hallazgo del padre Torres conocería Luján, también prestó gran atención al megaterio. Inclusive, halló restos en Punta Alta y menciona su existencia en ambas Américas como una de las pruebas de la unidad de faunas en periodos geológicos anteriores. Y también en su *Diario de viaje* menciona la teoría de Richard Owen acerca de la conducta alimentaria del megaterio y otras especies semejantes, como el *Mylodon* y el *Megalonix*, que adoptarían una postura erguida, sobre los cuartos traseros, para alcanzar las hojas de los árboles: «Fijando en el suelo con firmeza su cola robusta y sus inmensos talones, podían ejercitar libremente toda la fuerza de sus tremendos brazos y de sus garras poderosas»¹⁴.

Si el fraile Manuel de Torres hubiese sabido que su paseo por las barrancas del Luján habría de tener tales consecuencias para el futuro del pensamiento occidental (de hecho, la recusación del creacionismo basado en *La Biblia* y su sustitución por una explicación donde historia de la Tierra e historia de la naturaleza hallan fundamento en el cambio evolutivo), ¿se habría tomado tanto trabajo? ¿O como en una comedia de enredos digna de su época habría pensado que se trataba de una tentación diabólica, y que lo que estaba escondido en las barrancas del río eran las formas voluptuosas de una dama?

Perdónese la incursión contrafáctica y vayamos al epílogo.

El Hércules de los animales

Manuel R. Trelles, a quien se debe la primera alusión a fray Manuel de Torres en la historiografía argentina, ya que Juan M. Gutiérrez no lo menciona en su crónica

¹² Carta de Antonio Porlier al virrey Loreto del 2 de septiembre de 1788, dada a conocer por primera vez por Trelles en «Comercio. La Aduana de Buenos Aires. Apunte y documentos para la historia de este puerto», en Registro Estadístico de Buenos Aires, 1860, Buenos Aires, 1861, tomo II. Aparece reproducida en las fuentes citadas en nota 3.

¹³ Palcos, op. cit. en nota 2.

¹⁴ Darwin, C., Un naturalista en el Plata, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1977, pág. 48.

afirma que el megaterio «representa en la historia de los cuadrúpedos extintos [recuérdese que esto se escribe en 1882, en plena influencia del evolucionismo en la Argentina] el que mereció ser considerado como el Hércules de los animales». El megaterio, henchido de orgullo, se retira por el foro.

¿Y quién fue fray Manuel de Torres? ¿Qué fue de él, después de tan importante encuentro?

Nacido el 26 de marzo de 1760, un año después de que el rey Fernando VI hubiera concedido «el título de Villa al referido partido o pueblo de Luján», aunque sin «el renombre o distintivo que solicita», es decir, el de «muy noble y leal» (sin que esta reticencia del monarca se explique en la cédula real del 30 de mayo de 1759), Torres entra en la orden dominica de predicadores, donde llegó a ser provincial en 1795. No se conoce la fecha de su fallecimiento, pero debió ocurrir entre 1815 y 1819, pues en el Capítulo XXIII de la orden, realizado en esta última fecha, su nombre aparece en la lista de los muertos.

Trelles, en una nota de su artículo citado, dice que «un fraile del mismo nombre y apellido figuró entre los patriotas que prepararon el movimiento revolucionario de mayo de 1810. Tal vez, era el mismo descubridor del *Megatherium*». Tal vez. Pero no ha pasado a la historia por ello, sino por dar un simple paseo a orillas del río Luján.

Julio Orione

«Sarmiento y Echeverría, como también los hombres de la generación del 37, cargan con la difícil tarea de imaginar una nación».



Húsares de Pueyrredón,
grabado de A.S. para la
Compañía Sudamericana
de Billetes de Banco
(1888)